



En 'Las viejas sendas' (Pre-Textos), Robert Macfarlane, de quien comentamos en estas páginas, in illo tempore, su no menos espléndido 'Naturaleza virgen', se encomienda de entrada a Ralph Waldo Emerson y en verdad no puede tener todo caminante que se precie, y aunque no, compañía más apropiada, en este caso junto a una petaca de whisky, para un paseo invernal sobre la nevada reciente, por los suburbios donde vive. Luego se adentra en un campo de golf y, a campo abierto, por una vía romana, en la noche, bajo la luz de la luna, siguiendo hasta un castro huellas de animales: rastros que son signos, marcas que son pistas.

Macfarlane rastrea, casi escudriña, toda clase de rutas, a ser posible seculares, antiguas vías a ser posible olvidadas. Con bici o esquíes ocasionalmente, casi siempre a pie, a ser posible algún trecho descalzo, fatiga derroteros en los que «se entremezclan los in-

gredientes habituales de cualquier viaje: emoción, incompetencia, tedio, aventura y epifanía». Los diversos capítulos tienen parada y fonda en Gran Bretaña: caminos ancestrales, algunos, costeros, muy peligrosos; páramos fantasmales de las Hébridas, en las Tierras Altas escocesas. Pero, sobre todo, destacaría lo concerniente a las epifanías, múltiples, a veces hierofanías, sumamente gozosas para el lector, de una minuciosidad sensorial y descriptiva inigualable: igual da en los expuestos alrededores de Ramala, en Cisjordania que en las montañas sagradas del Tibet veneradas por los budistas de la mano de un explorador y aventurero o en un tramo del Camino de Santiago por la Fuenfría hasta Segovia. Y que podrían resumirse en esta especie de aforismo: «Los caminos no solo hacen posible una forma de viajar, sino también de sentir, de ser, de conocer».

Fue su difunto abuelo quien le instiló «el poderoso embrujo de los lugares salvajes y re-

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN
HERRERO



motos»: nada como despertar de madrugada en una pradera de cardos con la alarma del canto exultante, jubiloso de las alondras, que «desde el cielo descendía como un torrente», según especifica más adelante, tras acomodarse a una hilera de mostajos que flanquea una vereda de los condados de creta de la campiña inglesa, antes de rendirse «colina tras colina, por entre bosques de hayas y setos de ave llano» recorriendo «veredas de colmeneros, sendas de labradores, cañadas ganaderas y caminos forestales». Y, además de grandes caminantes que citaremos a cuenta de Claudio Rodríguez, son los pioneros del senderismo los que abalizan su marcha (el poliglota George Borrow, John Muir o W.H. Hudson), que amojona con su cayado de acebo el malogrado poeta Edward Thomas, «la luz que guía» 'Las viejas sendas', y secunda en su periplo por el Guadarrama el prologuista Miguel Ángel Blanco, experto impar en la materia.

Si Macfarlane tiene como norte, en teoría y en la práctica, ir abriendo de continuo senderos, lo mismo da «vías de peregrinación, vías verdes, cañadas, viejos caminos que van a cementerios, trochas, pasajes, calzadas, vericuetos, sendas, cruces, accesos, travesías, camberas, lindes, pasos, atajos, pistas, cordeles, vaguadas, rondas, servidumbres, caminos de herradura, caminos de sirga, caminos vecinales, caminos carreteros...», el no menos viajero suizo Maurice Chappaz se limita en 'La alta ruta' (Periférica) a llevarnos por la travesía que conecta el Mont Blanc, epitome de la literatura alpina, tan romántica, con el Mont Rose, por el majestuoso e imponente vacío de los glaciares. Mientras el libro de Macfarlane participa del ensayo y del género literario, bien puede decirse que el de Chappaz está enteramente escrito en prosa poética –por añadidura cita, entre otros, a Celan–, de una belleza inusual, siempre hacia el misterio de las cosas, no sé hasta qué

punto atribuible al traductor: el poeta Rafael-José Díaz.

El texto no puede principiarse de manera más sugerente: con avalanchas como dragones, depositarias del rumor de fondo de los montes, de los glaciares –de los que según se avisa en el prologo, «nadie ha dicho»–, acechantes en la niebla. Bajo un frío punzante, con un riesgo y un vértigo crecientes, sorteando las grietas y los precipicios, los resbaladeros y las quebradas, vigilados por los imponentes cuatromiles, «al límite del hielo, del sufrimiento», Chappaz y sus acompañantes emprenden una ascensión sublime a lo absoluto sobrecogedor, entre ventiscas y bajo el peso del silencio, hacia su nacimiento. De esta ascensión, convertida en lance maravilloso solo es posible dar cuenta mediante una prosa muy estilizada, prendida de símiles y metáforas, muchos como de las vanguardias, hasta con toques futuristas, que plasma la imaginación desbordante de Chappaz, con frecuencia cer-

Sábado 24.02.18
EL NORTE DE CASTILLA



POR SENDAS PERDIDAS

Se hace camino al andar

La carretera que une el sur de Kirguistán y China atraviesa la cordillera del Pamir.

:: VLADIMIR PIROGOV-REUTERS



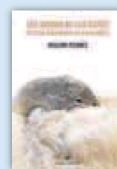
LAS VIEJAS SENDAS

Robert Macfarlane, Pre-Textos, 456 pp., 35 €.



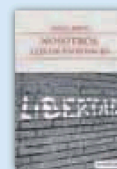
LA ALTA RUTA

Maurice Chappaz, Periférica, 160 pp., 16 €.



LOS GANSOS DE LAS NIEVES

William Fiennes, Errata Naturae, 344 pp., 19,50 €.



NOSOTROS, LOS DE ENTONCES

Rafael Sarró, Hiperión, 158 pp., 15 €.

cana al surrealismo. Es una narración excelente para quienes se muestran imperturbables ante las inclemencias y la inmensidad desierta, como el guarda de una cabaña refugio que recibe «a los cándidos sin manifestarles el mínimo desprecio» y, sin alharacas, felicita «a los duros de las cimas sin la mínima envidia». Todo el trayecto está transido de la aspiración hacia lo alto, hacia «el inmenso círculo de las cimas blancas», ante las que el hombre no es sino insignificancia. Chappaz entra con sus esquíes y su pensamiento en el gran blanco inefable de la nada, del vacío uniforme, virgen, sobre el que parece flotar, para que la montaña hable, exprese su secreto.

Para William Fiennes, que durante una enfermedad sueña que se desliza por una pendiente despejada, «disfrutando de una sensación de infinitud, de auténtica libertad», como Chappaz, su aventura empieza con «La gansa blanca», novela de Paul Gallico que

elige al azar de la estantería de un hotel donde pasa el tiempo observando a las jugadoras de un torneo de golf mientras afinan su 'swing' y se consolida con una larga convalecencia.

Caminante vocacional, después de una caminata al más puro estilo Macfarlane a través de las colinas cercanas a donde vive su padre, que lo acompaña, en las Midlands inglesas, coge un vuelo a Houston y emprende un viaje de tres meses en pos del ánsar nival, siguiendo su migración desde las tierras tejanas y de Luisiana en las que inverna hasta sus zonas de cría en el verano ártico de los inuit. El trayecto, en coche, bus, tren y avión para llegar a la isla de Baffin, sin descartar furgonetas o quads para avistamientos y desplazamientos cortos, se inicia en Austin, en un autobús Greyhound -con su eslogan «¿Dónde te llevamos?»- hacia los descansaderos de Fargo, Dakota del Norte, día y medio de carretera con transbordos en Dallas, Oklahoma

City, Kansas City y Minneapolis.

A mi juicio lo más interesante de «Los gansos de las nieves» (Errata Naturae) son las descripciones de los ranchos, molinos de aspas, pastizales y campos de arroz de Texas; los gloriosos bajíos y pastizales de la meseta del Missouri; o los bosques de píceas, la tundra que hace crujir las cabañas y el permafrost al norte de Winnipeg. Y en especial la gracia y minuciosidad de las imágenes y viñetas de la América profunda, con los personajes variopintos y un punto descañados que la habitan y con los que se cruza. Al margen de digresiones de altura, tanto ornitológicas como sobre la nostalgia, las auroras boreales o el curling.

Cuando leía en «Las viejas sendas» que Thomas de Quincey calculaba que Wordsworth había andado cerca de trescientos mil kilómetros y salían a colación luego paseantes como Wittgenstein, Rousseau o Kierkegaard, pensaba en Basho, Hölderlin,

Handke...y, por cercanía y admiración, en Claudio Rodríguez, andarán de pro, en la estela machadiana de acomodar el ritmo del paso al del verso, del que erige una afectuosa semblanza Rafael Sarró, co-

«Los caminos no solo hacen posible una forma de viajar, sino también de sentir, de ser, de conocer»

«Chappaz emprende una ascensión sublime a lo absoluto sobrecogedor, entre ventiscas y bajo el peso del silencio, hacia su nacimiento»

fundador junto a Jesús Munárriz de la mítica editorial Ciencia Nueva, en «Nosotros, los de entonces» (Hiperión). Con tan nerudiano título se trazan diez biografías sucintas, centradas en aquellos tiempos heroicos y frágiles -que vienen de Cernuda, a quien se cita en el prólogo, y van a una espléndida novela de González Nebot- de mediados y más del siglo pasado, cuando un puñado de jóvenes, la mayoría, a la sazón enrolados en el grupo teatral TEU, bajo la única consigna de la libertad, «estaban transformando la conciencia política nacional» frente a la represión franquista.

Mientras que el libro de Fiennes es ideal para quienes se pirran por viajar a lo largo de las interestatales de Estados Unidos, el de Chappaz para los amantes del esquí de fondo y el de Macfarlane para aquellos que prefieren perderse por veredas campestres poco transitadas, el de Sarró es un libro perfecto para nostálgicos y para saber de dónde venimos y cómo se fraguó

lo que a la postre fue decisivo para el éxito de la Transición.

Son diez personajes bosquejados a vuelapluma, con jugosas anécdotas (en particular algunas de los inclassificables agitadores Gonzalo Suárez, Javier Pradera y Fernando Sánchez-Dragó no tienen desperdicio) y mucho cariño, amén de precisión: se dice, por caso, del poeta zamorano, «el alma» de esta «generación del 56», que «destilaba» sus libros. Al tiempo que pateaba las sendas perdidas de la poesía, cabría añadir. Con un tintorro en la mano, en vilo, en un bar de Princesa, ponderándole seriamente a Gabriel y Galán, lo recuerda Sarró, que aporta su ficha de la temible Brigada Político-Social: «Poeta, estudiante de 4º o 5º de Románicas, es ateo, pero no se ve muy claro si se une a los comunistas o a los institucionalistas. Es un muchacho de valer». Más acertado andaba, creo, un camarada, que acabó como lugarteniente de Torrijos, que lo tenía por «hijo directo de San Juan de la Cruz».